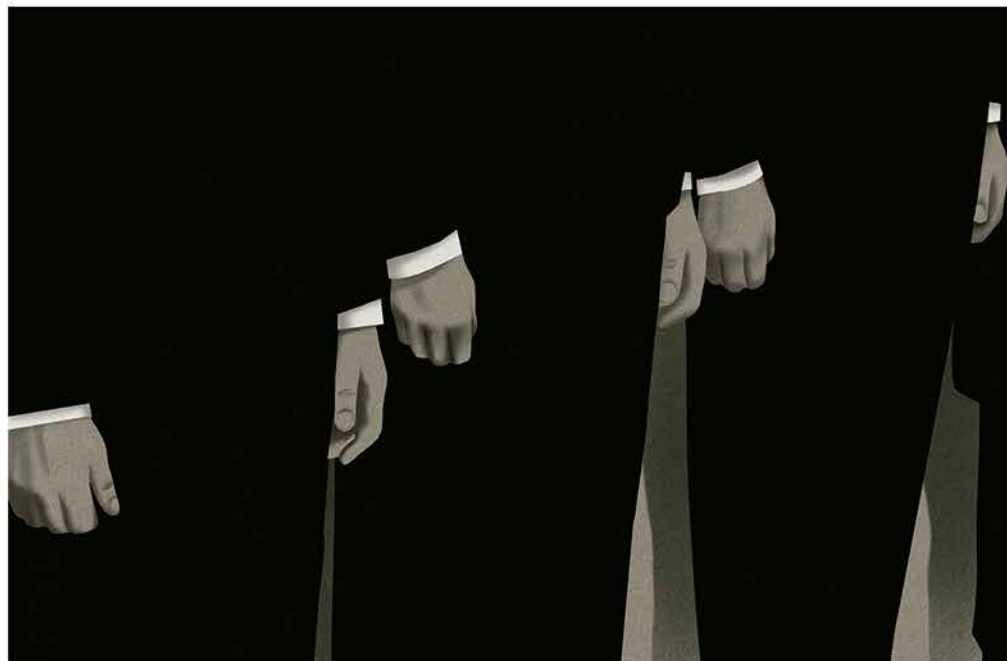




Martín Caparrós

Los suicidios de Gardel



MARTÍN CAPARRÓS

Los suicidios de Gardel

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2026

© Martín Caparrós, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 2817-2026
ISBN: 979-13-88019-83-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Rusa, muñeca atolondrada,
papusa sin esposas,
esposa de la nada.

Rusita,
ANDRÉS RIVAROLA

Sus ojos se cerraron
y el mundo sigue andando...

Sus ojos,
ALFREDO LE PERA

I

Dudo: no sé si estoy más molesto que aburrido o viceversa. Ya pasó mediodía, todavía no comí ni escribí nada y me dedico a extrañar un cigarrillo en mi escritorio cuando el grito me corta el aliento:

—¡Gardel! ¡La reputa madre que lo parió, Gardel!

El grito viene de allá al fondo, junto a las ventanas que dan a Rivadavia, y se renueva, más preciso:

—¡Se mató! ¡Se mató Gardel!

Y ahora sí, veinte o treinta corremos hacia el grito. Junto a un escritorio, Joaquín Romero Piris, subjefe de la sección Espectáculos del diario *Crítica*, está parado con un papel en la mano levantada y el grito se le ha vuelto letanía:

—Se mató, se mató, no lo puedo creer, se mató, pobrecito...

Los que corrimos hacia él y ahora lo rodeamos nos miramos las caras, fruncimos ceños, alzamos cejas, desorbitamos ojos, sacudimos cabezas. Después, en segundos, nuestro silencio se transforma en clamor gallinero. Todos al mismo tiempo queremos decir algo, y lo decimos; nadie entiende. Pero la palabra Gardel y la palabra muerto y la palabra pobre están en cada boca. Hasta que Almeyda, más jefe que los otros, impone el vozarrón:

—¿De dónde lo sacaste, Joaco?

—Acaba de llegar el cable, don Ricardo. La United Press, recién me lo trajeron. En Colombia, dice que fue. No lo puedo creer...

—¿Cómo, por qué? ¿Lo mataron?

—No, jefe, un avión, se le cayó el avión, parece.

El avión suscita comentarios, más grititos, resurrección del gallinero. Almeyda pega un grito, pero ahora para pedir silencio.

—¿Y están seguros que está muerto?

—Y yo qué sé. Eso dicen. Sí, deben estar seguros.

Seguimos amontonados, expectantes. Le pido un cigarrillo a un tipo de Deportes que tengo al lado, pisándome con saña. Justo el sábado decidí dejarlo, por la tos, y juro que ayer domingo lo mantuve. No era para siempre: pensé que cuando se pasara lo peor del frío volvería. Pero hay momentos en que no se puede. Lo prendo; me tiemblan las manos.

—Y sí, si lo mandan así tienen que estar seguros. ¡Pedro, llámame a la secretaria de Botana, decíle que estoy yendo a verlo! No lo puedo creer, pobre muchacho. Justo ahora, que iba a volver a Buenos Aires...

«Se mató Carlitos Gardel»

La sexta edición, la de la noche, la que cierra a las tres de la tarde, fue una tapa anunciando la muerte, los cables de las agencias, las primeras declaraciones, poco más. Pero, mientras tanto, docenas de ñatos trabajamos desafortadamente fabricando gardelismo: cada cual buscando alguna historia, un testimonio, una anécdota desconocida o demasiado conocida como para no estar. Y los más avezados tratando de saber realmente cómo fue el accidente, cómo la muerte, cómo eso de lo que todos estamos hablando ahora.

—¡Llámenlo a Lleras! Ya mismo, Señorans, llámalo a Lleras.

—¿A quién?

—Alberto Lleras, el colombiano, gil. ¿No lo conociste? Trabajó un par de años acá en el diario y ahora es ministro de algo en Bogotá, seguro que él nos puede averiguar algo.

—¡A la orden! Ahora llamo a la embajada que me digan dónde lo encuentro.

Toda la fuerza de trabajo que intenta contar el mundo cada día dedicada de pronto a contar la muerte de un cantor de tangos. En media hora medio diario estaba organizado para sacar una edición especial sobre Gardel y su muerte tan rara: morir en un avión. Los aviones, por supuesto, son peligrosos, pero muy poca gente los usa. El propio Gardel nunca se había subido a un avión hasta hace unos días, y ahora esto.

—¡Sáenz! ¡¿Dónde está Máximo Sáenz?!

—¡Acá señor!

—Ya lo enganchaste al Pulpo, me imagino.

—Está destruido, imagínate.

—Me la soba. Andá a verlo, llorale, llorá con él, llevale vino, lo que quieras. Necesito que hable, que Irineo Leguisamo des-pida a su gran amigo. Hacete una Last Reason con eso, che. A las siete acá.

—¡Sí señor!

Hay algo bello, excitante en ver la maquinaria forzada hasta el fondo, hombres grandes aburridos que de pronto se convierten en soldados ansiosos o chicos disparados, toda esa energía en marcha para producir mucho antes que nadie: para hacer, si no buen periodismo, un buen diario para mañana a la mañana.

—¡Mondy!

—Maestro...

—Ya lo estás escribiendo, ¿no?

—No, si iba a esperar que me lo pidieran...

—Ponele corazón, Mondy.

—¿Me estás jodiendo?

O en ver a un tipo como Edmundo Guibourg, excorresponsal del diario en París, el mejor crítico de teatro del país, amigo verdadero de Gardel, sentado en su escritorio con una botella y un cigarrillo humeando y los ojos llorosos, tecleando y tecleando.

—¡Rivarola!

Pero a todo chanco le llega, sabemos, su San Martín. Don Guillermo González Galuzzi, el jefe de la sección policiales, mi jefe, tiene designios para mí.

—Sí, jefe.

—¿Pensaste algo?

—No sé, jefe. ¿Qué le parece recordar cuando le chantaron el balazo? Si queremos meter algo policial...

—Es un poco raro hablar de eso justo hoy, pero...

Galuzzi agarra el mondadientes que le bailaba entre los labios, lo mira, lo consulta, recibe su respuesta.

—Dale, hacelo. Total... Y esmerate, a ver si te sale algo bueno.

«Murió ayer, pero debería haberse muerto hace veinte años. Si no hubiera sido por su legendaria buena suerte, la que lo convirtió en el santo protector de tantos trémulos, Carlos Gardel habría muerto aquel 10 de diciembre de 1915, cuando un malviviente le descerrajó una bala en pleno pecho.

Muchos no la conocen, y el propio Gardel hizo todo lo posible por enterrarla, pero la historia empieza, como siempre, con los amores o favores de una mujer. La femme, en este caso, se llamaba —o se hacía llamar— Madame Jeannette o La Ritana...»

Empieza, y después cuento la historia: que la naifa era patrona de un bareca en el centro y que se había encamotado con Gardel pero que estaba comprometida con un pescado groso, un Juan Garesio que entonces era dueño del Chantecler y de vaya a saber qué otras cagadas y que el tipo, cuando se enteró de que la papusa lo pasaba con Gardel, lo mandó matar. Y que Gardelito era un pibe, que esa noche había ido con unos amigos al Palais de Glace a esperar su cumpleaños 25 y cuando entraba se le cruzaron dos ñatos que le metieron un cuetazo en la teta derecha. Y que cayó y parecía muerto, sangraba como un perro y entonces desesperados los amigos pararon un coche y lo llevaron echando putas al Ramos Mejía y ahí un médico dijo que tenía la bala en el pulmón izquierdo, que operar no se podía y que ojalá sobreviviera. Y que se pasó un par de días más allá que acá pero al final volvió, se salvó, aunque tuvo que vivir toda su vida con esa bala. Y con el miedo: cuando pudo volver a pensar pensó que el quía iba a querer que le terminaran el trabajo, así que se fue a ver a Juan Ruggiero, el patronci-

to mafioso del Sur, gran puntal de los conservadores, que lo conocía de por ahí, de la noche, y le pidió protección. Y que Ruggierito fue a verlo a Garesio y le dijo que si volvía a meterse con Gardel había guerra, que lo iba a hacer cagar vidrio molido. Y que el otro le aseguró que ya estaba, que no se preocupara, pero igual Ruggierito lo mandó a Gardel a un campo en el Uruguay mientras se reponía, para que estuviera tranquilo y alejado, y que después Gardel volvió y toda su vida le agradeció a Ruggiero lo que había hecho por él y por eso cantaba en los actos del Partido Conservador y que fue el propio Ruggierito el que le consiguió, después, sus documentos de argentino y que por eso cuando lo mataron, hace un par de años, lo despidió sentido, tocado, como quien despide a un amigo.

«Y así fue como nuestro cantante nacional, la voz inmarcesible que se coló junto a los demás símbolos patrios para terminar de hacernos argentinos y llevar nuestra música y nuestra mística a los confines del planeta, lo hizo todo a puro pulmón con un solo pulmón. Cuesta pensar qué podría haber sido de él —qué habría sido de nosotros— si hubiera tenido dos», termina la nota. Está bien, paga. Así que se la paso a Galuzzi con cierto orgullo: mirá lo que te hice en una horita. Y el tipo, siempre trepado en su silla, con los pies que no terminan de llegar al suelo y la cara chupada por los años, la piel gris del fumador de interiores, la nariz roja de ginebras, la agarra con su famoso lápiz en la mano y al minuto pega el grito:

—¡Rivarola!

—Sí, jefe.

—El tipo acaba de morir y todo el país está llorando, ¿y vos le decís que se atrasó, que tendría que haberse muerto mucho antes? Te fuiste al carajo.

—Yo no digo eso, jefe.

—Murió ayer, pero debería haberse muerto hace veinte años...

Lee Galuzzi con voz grave, faseada, y me dice acá está, empezás tu artículo con eso. Yo le digo que bueno, que sí pero que es cierto, que si quiere le pongamos un quizás.

—Con un quizás lo arreglamos, jefe. «Murió ayer, pero quizá debería haberse muerto...». ¿No le parece?

—No me parece, no. Pero lo voy a mandar igual

Dice Galuzzi, como nunca. Se ve que la muerte del cantante le ha pegado fuerte —o la presión del cierre extraordinario. La redacción está aún más agitada que de costumbre: gritos, tecleos furibundos, risas histéricas, corridas, más tecleo, más gritos.

—Hoy no hay tiempo para tus giladas, Rivarola.

Dice. Mientras, en medio del salón, una voz de trueno para todas las máquinas:

—¿Quién fue el hijo de mil pares de putas que puso el título de arriba en la página tres?

Grita el gran patrón. Don Natalio Félix Botana lleva, en medio del caos, un smoking impecable, una sexta edición en la mano derecha y un puro en la izquierda. Se ve que estaba preparándose para una noche diferente. Pero ahora está en el frente y hay problemas:

—¿Así que el avión de Gardel chocó al aterrizar en Medellín? Eso dice mi diario, animales. Niñitos míos, ¿cuánto tardaron en saber que cuando chocó no aterrizaba, despegaba? ¡Despegaba, niñitos míos, despegaba!

El silencio ahora es una losa.

La verdad, yo no lo conocí mucho. Y nunca me cayó tan bien, tampoco. Pero cuando se muere alguien importante –cuando se murió Yrigoyen el año pasado o mi paisano Pablo Podestá–, uno rebusca en su memoria y fuerza la escasa relación que puede haber tenido con el quía para incluirse en ese duelo, en ese evento del que todos hablan. Aunque, en realidad, uno hace lo mismo cuando el fiambre es el pescadero de la otra cuadra: ay, Pepino, pobre, si no hace un mes que pasé por la pescadería a pedirle que me guardara una merluza.

Yo ya sé que es así pero saber no sirve para nada: igual me pongo a recordar las veces que me lo crucé en el Tabarís, el Chantecler –que ya había cambiado de dueño–, el Marabú, y hasta una vuelta en Los 36 Billares. Aquella fue la primera, yo era chico. Él estaba jugando al billar con un amigo y se le había juntado gente alrededor, los desocupados de siempre, y el pobre estaba harto: no podía tirar massé sin que dos docenas de ñatos opinaran y aplaudieran y chiflaran lo que hacía, y a mí se me ocurrió gritar uy, la Merello, la Merello, y todos los pánfilos corrieron para la puerta y lo dejaron tranquilo, y entonces Carlos se dio vuelta, me sonrió y me dijo gracias pibe. Yo debía tener 18, 19 años, y estaba con el Gorrión Ayala, por supuesto, y él dice que de ahí me empezó a llamar Pibe y me prendió, pero yo creo que no es cierto; que le gusta hacerme creer que le debo mi mote a Gardel, no sé por qué. Después, ya más grande, me lo seguí encontrando en esos piringundines, en la noche, y nos saludábamos con una sonrisa o

con un hola qué tal; él me decía qué tal pibe, por ejemplo, y yo nunca supe si me lo decía con mayúscula o minúscula, si me lo decía porque se acordaba de mí o porque se lo decía a todos. Alguna vez pensé en preguntárselo pero me dio miedo de pasar por gil: si era porque no se acordaba yo iba a quedar como un otario. Y también pensé que aunque no se acordara me iba a decir que sí y entonces para qué servía preguntárselo. Me complico: me suele pasar cuando algo me inquieta, me molesta.

Y después se fue. Cuando ya fui más grande, cuando empecé a conocer más gente y frecuentar más esos lugares, él no estaba, cada vez pasaba menos tiempo en Buenos Aires, entre las giras y las películas y París y Nueva York acá ni aparecía, la verdad. Ahí empezaron las críticas, que era un vendido, que estaba rematando el tango. Como lo que decía Señorans, que era cartón pintado, un tirifilo que se iba a Francia a que le armaran unas peliculitas con mucho gaucho con sombrero, pampas exóticas para europeos, pura espuma. O lo que decía Borges la otra vuelta, cuando lo vimos con la Rusa en la Richmond, eso de que el tango se fue al carajo cuando empezaron a bailarlo hombres y mujeres como si fuera un baile de salón y a cantarlo esos tenores de opereta como el tal Corsini o el tal Gardel...

Yo no lo creo, y además es verdad que muchas veces, en mis sueños más desaforados, imaginé que Gardel me grababa un tanguito. Recuerdo la envidia espantosa que me dio Manzi, en esos días en que andaba tirándole los tejos a Raquel, porque a él le había grabado más de uno. Yo, en cambio, ahora, me tengo que bancar que a mí nunca me va a pasar. Que te grabe Gardel era como recibirse del todo, que te cuelguen en el pecho la medalla y el cartel que dice tanguero de ley. Nunca voy a tener ese cartel, esa medalla. Aunque, si voy a ser sincero conmigo, por lo menos conmigo, tampoco lo habría conseguido si el Morocho cantaba hasta los 200 años. Sí, me publicaron uno, pero no por eso tengo que agrandarme. O no tanto, por lo menos. Pongo la radio, a ver si le puedo escuchar un par de tangos, y un locutor

informa que en homenaje a Carlitos Gardel hoy las radios no pasarán música, y dice que fue una propuesta de Azucena Maizani, la Ñata Gaucha, gran amiga del difunto. Busco un disco que me regaló Beatriz hace unos meses: de un lado Mi Buenos Aires querido, del otro Amores de estudiante. Lo pongo, abro un paquete de Fontanares, agarro la ginebra, me tiro en la cama a escucharlo una vez más: ...mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrá más penas ni olvido...

Y me da gusto, pese a todo, poder recostarme en mi cama, poner la música al volumen que quiero, levantarme para ir a mear en calzoncillos y no tener que vestirme ni esperar turno y cruzar en zolcilloncas el saloncito de mi casa, ver mi mesa, mis cuatro sillas, mi pichón de biblioteca. A mis 33 años tengo, por primera vez, una biblioteca. Y tengo una casa. O, mejor dicho: alquilo una casa, pero la diferencia con la pensión no tiene nombre.

Ahora tengo un baño, una cocina, una salita y dos habitaciones: un departamentito con todos los chiches en un barrio que me gusta, Monserrat, que siempre me gustó. Segundo piso, ascensor que no anda, balconcito que da a la calle Salta casi esquina Carlos Calvo, en lo que queda de ese edificio que fue tan cajetilla, todo entero de la familia Estrugamou, y que ahora, muy venido a menos, lo alquilan dividido para ranunes como yo. Y lo mejor es que pude alquilarlo porque el verano pasado la orquesta del maestro D'Arienzo me tocó un tanguito, cantado por Francisco Fiorentino. No es que lo hicieran mucho, unas docenas de veces, pero alcanzó para que se conociera algo y para que don Julio Korn, el dueño de la revista *Radiolandia*, gran editor de tangos, me lo publicara en su editorial musical. Y con eso saqué unos mangos y entre eso y el sueldo del diario pude dejar la pensión de una vez por todas y mudarme acá. Si parece mentira que lo haya conseguido con el tango de Berta, pobrecita: percanta rante, pobre polaquita, carne importada que llegó de lejos... Alguna vez pensé que era una iro-

nía sangrienta haberle sacado beneficios a su sufrimiento. También pensé que tengo que llevarle algo de la guita a su tía Ruth, para que se la gaste en la nenita, pero la verdad es que todavía no lo he hecho. Y a veces pienso que quizá sea justicia: al fin y al cabo, ella también hacía guita con algo que no debería venderse. O eso decimos, por lo menos.

Además, no fue fácil. Tuve que conseguirme alguien que supiera música para cantárselo y que lo anotara en una partitura. Fue el propio don Julio el que me mandó la persona indicada: Beatriz, medio pariente suya, una mujer de cuarenta y tantos, tan educada, que lo escribió, lo armonizó, lo transformó en una verdadera canción imprimible –y se llevó el treinta por ciento de los derechos. Pero sin eso la canción no existía, y el treinta por ciento de nada es nada. Y además Beatriz no se limitaba a dibujar negras y blancas en el papel rayado.

Así que ahora tengo mi propio cuarto con mi cama, un ropero, el tocadiscos, y otro que estoy pintando, preparando para que la nena pueda usarlo. Fue otra de las decisiones de estos meses. Estela me escribió para ofrecirme algún arreglo, que empiece a ver a Estelita con un esquema fijo. Después de cinco años sin verlas –ni a la nena ni a la madre– me sorprendió, por supuesto, me volvió loco de ilusión. Después averigüé –el servicio de informaciones de mi vieja es imbatible– que quiere «recomponer su vida» y sabe que si la engancho viviendo con el tipo le puedo sacar a la nena, así que ahora quiere negociar. Hablé con un abogado. El doctor Zabala me dijo que si quisiera hasta podría mandarla presa por adúltera, y el placer de ese poder a veces me carcome. ¿Y si quisiera? ¿Y si lo hiciera? Gardel nunca tuvo una esposa. Algunos dijeron que tenía una escondida, que no la quería mostrar para no decepcionar a todas esas chicas que soñaban con su pinta, su sonrisa, su prestancia de varón porteño. Yo qué sé; sé que nunca tuvo una de verdad, de vivir con ella, que nunca tuvo hijos. Ahora ya nunca va a tener. Ahora ya nunca va a tener. Ya nunca va a tener. Ya nunca.

Es raro ir durmiéndose con esa idea en la cabeza.

Lo que me duele es haber perdido el bar del Gallego García. A veces paso a saludarlo y tomarme un café, o su famoso sán-guche de milanesa, pero tenerlo a veinte cuadras no es lo mismo. Y acá, en el barrio nuevo, todavía no le he encontrado sustituto: busco, me desanimo, cambio. Así que esta mañana camino las diez o doce cuadras hasta el diario casi en ayunas, chupando frío como un perro, y me tomo un café con leche con medialunas en la barra del Hispano. Y agarro un par de diarios que tienen ahí encima pero no termino de soportar tanto despliegue de adjetivos, tanta lírica mala dedicada a su voz y su sonrisa y sus bromas de niño y sus poses de guapo y espero que ahora, en la redacción, la furia Gardel se haya pasado y podamos volver a nuestras ocupaciones habituales. Hay pocos momentos tan tristes como esos en que un hombre extraña sus ocupaciones habituales.

—¡Rivarola!

—Acá estoy, jefe, buenos días.

—Buenos serán para vos, gilastrún. ¿Vos sabés a qué hora me fui anoche?

—No, jefe, pero tengo la intuición de que lo voy a saber muy pronto.

—Andá a lavarte el quetejedi, Rivarola.

—A la orden, jefe.

El bailecito nos sale cada vez mejor, más y más rítmico: a veces se le nota que ya casi no tiene sentimiento, que es pura

coreografía, pero el público nunca se queja –básicamente porque no hay. Dorrego suele hacerse el que no escucha y el escritorio de Kosinsky, que fue de don Germán, está lo bastante lejos como para que no nos oiga.

–Tenemos que seguirla.

–¿Seguir con qué, jefe?

–¿Estás gil, Pibe? ¿Te agarró la gripe tibetana? ¿Con qué va a ser? Con Gardel, tenemos que seguirla. Órdenes de arriba.

Dice y, como cada vez que lo dice, mueve las cejas y la cara y la cabeza hacia arriba como para señalar unos poderes que, pese a sus gestos, moran dos pisos más abajo.

–¿Nosotros, acá, en policiales?

–Sí, Rivarola, todo el mundo, nosotros también. Dorro ya está escribiendo sobre las veces que lo acusaron de estafas y de plagios, pobre, pero por supuesto dándole la razón en todo. Y a Kosi lo puse a revisarle el tema de los papeles. Pero con vos no sé qué hacer.

–¿En general, dice, o...?

González Galuzzi me mira con esos ojos que querría fulminar, rayoactivos, y que son más bien una piltrafa enrabietada. Yo entiendo que no es momento para bromas.

–Si me da media hora, jefe, le propongo algo.

–Media hora son veinte minutos, Rivarola.

Es el sistema clásico: agarrar la pila de diarios que reposa en mi escritorio –y que muchos días ni siquiera deshago– y empezar a recorrerlos rápido a ver si hay algo que me inspire. Algo que se pueda retomar, si acaso, o recuperar o rescatar o revisar o repensar: algo que copiar.

Me paso un rato mirándolos hasta que vuelvo al nuestro y veo que en la página diez de la quinta edición, la que acaba de salir, hay una nota chiquita, bien abajo, sobre una mu-

jer joven que se mató ayer mismo al enterarse de la muerte de Carlitos. Y eso me recuerda que en Noticias Gráficas vi algo sobre un tipo que también se suicidó ayer a la noche y parecía que era por lo mismo. A menudo, todo el arte está ahí: un robo a una fiambrería no le importa a nadie; cuatro robos a cuatro fiambrerías son un plan maquiavélico para acabar con el salchichón primavera que puede tener en vilo a la ciudad. La cosa, entonces, es juntar, rearmar, agarrar lo que hay y transformarlo en otra cosa. Quizás, ahora, esto de los suicidios...

—¡Jefeeeee!

—Acercate, Rivarola, no me hablés a los gritos.

Me acerco, se lo digo: quizá podemos buscar las historias de estos dos que se mataron por la muerte de Gardel; me parece que podrían dar su jugo. Galuzzi está de acuerdo:

—Y pensar que cuando llegaste no sabías sumar dos más dos. Bien, Pibe, me gusta esta idea. A ver cómo te sale.

Nunca había escuchado palabras más halagüeñas en su boca. La muerte del Morocho o la vejez: algo lo está ablandando. Ojalá pueda aprovecharlo.

—...y el Señor, que todo lo da y todo lo quita, le haga la inmensa gracia de acoger en su seno...

Fue raro llegar a este pueblito hecho de huesos. Raro caminar por esos pasillos de casitas demasiado chicas, con puertitas por donde no puede pasar una persona erguida —porque no están pensadas para que pase nadie erguido. Y seguir caminando por estas calles anchas con vereda por donde no circulaba casi nadie: que no están construidas para que alguien circule sino para contener a sus dos lados estas casitas con las puertas pequeñas y sus cruces y sus ángeles y sus nombres tallados en el dintel de piedra: es el nombre del dueño de casa, que muchas veces no es el único ocupante pero sí el anfitrión, el que ha per-

mitido que los demás se instalen a pasar con él, en su casita, su parte de la eternidad. Esa sí que es una invitación.

—...con la misericordia que lo define y lo caracteriza, a una pecadora que, aun en su extravío...

Y fue raro caminar entre los cuerpos escondidos, disimulados entre piedras, cuerpos que ahora son huesos convirtiéndose en polvo y unos nombres en letras pretenciosas, su pretensión de monumentos. Fue raro pasar entre esos nombres como si un nombre fuera algo más que un nombre si está en la puerta de una casita llena de cajas de madera y bronce y una chapa y dentro de cada caja hay unos huesos que poco a poco se van haciendo polvo. Es raro que nos empeñemos en guardar todo eso que nos sobra: material de derribo, lo que queda cuando no queda nada, cuando ya somos, si acaso, un mal recuerdo.

—...siguió siendo su humilde servidora, tan ansiosa de llegar a su vera que, por eso, cometió un error que Nuestro Rey que todo lo perdona sabrá perdonarle...

Y fue más raro salir de las calles de casitas y llegar a esa pampa hecha de huesos: las lápidas pequeñas marcando un pedacito de suelo donde están los huesos, y caminar entre ellas sabiendo que caminás entre los huesos, sobre los huesos, que el suelo es puro huesos, que vas pisando huesos. La pampa es grande, se extiende decidida, huesos y huesos y más huesos hundidos, empotrados, lugar de las pisadas. Y todavía más raro ir más allá: pasar del campo al conventillo. Esas paredes imponentes, varios metros de alto y muchos más de ancho, muros largos hechos de tapas de treinta centímetros por treinta, cada cual con su nombre y una fecha y por detrás —supuestamente— los huesos de ese nombre. Es la muerte en propiedad horizontal, un muerto sobre otro muerto sobre otro muerto al costado de otro muerto y otro muerto, igual que en esos edificios cada vez más grandes que hacen ahora donde sabés que vivís encima de alguno, debajo de alguno, que alguien te está pisando la cabeza, que se la estás pisando a alguien, que del

otro lado de la pared hay uno que quizá escupe sangre, del otro lado del otro lado uno que acaba de conocer al amor de su vida y una que lo dejó y una que ya no quiere, por no hablar de los de abajo y arriba y al otro costado y acá los muertos están igual, aglomerados en esta promiscuidad que resultan nuestras vidas y que ahora también, cada vez más, resultan nuestras muertes. Muertos amontonados, muertos sin un minuto de estar solos, muertos sin la menor vida privada.

—...a su humilde sierva la señorita Gladys Esther Mendoza, arrancada de este valle de lágrimas en la flor de su edad, partida sin mácula de este mundo de sufrimientos indecibles...

Alrededor del cura —hombre mayor, levemente torcido, vozarrón en un cuerpo que no está a la altura— se reúnen dos docenas de personas: todas llevan algo negro y, justo junto al orador, capote negro, una pareja de cincuenta y tantos está de negro entero: la madre y el padre de la humilde sierva, la señorita Gladys que, según la notita del diario de esta mañana, ayer, cuando supo la muerte de su ídolo, se tiró por la ventana de su casa.

Tuvo la mala suerte de vivir en un quinto; si hubiera vivido en una quinta, pienso, tonto, otro habría sido su destino, y que la pequeña diferencia puede hacer grandes diferencias pero eso ya lo sabíamos y el chiste es muy malo. No hay que reírse de la desgracia ajena, Rivarola. La chica se tiró del quinto y se partió la crisma y por eso ahora la tienen castigada dentro de una caja larga y estrecha, negra con herrajes dorados, y están a punto de meterla en uno de esos armarios de estación de tren eterna con su nombre en la tapa y la señora de negro entero llora a gritos. El señor intenta sostenerla; ella no quiere que nadie la sostenga. El cura está molesto: quiere terminar su perorata.

—...porque es en el Señor donde sus fieles hallaremos consuelo, Él es nuestro consuelo y nuestro sostén, los que confiamos en Él no tenemos...

La señora no debe confiar tanto y grita más y más, se cae al suelo. El cura se da por vencido. Se había saltado muchas reglas para darle cristiana sepultura a una suicida, pero no soporta los gritos de su madre. Murmura algo; yo creo ver en sus labios que dice «con razón», pero puedo estar equivocado. Echa unas gotas de agua sobre el cajón, hace señales, se despide. Cuatro hombres con overoles azules gastados entran en la escena, levantan el cajón, lo empotran en el agujero en la pared. La señora, desde el suelo, no deja de gritar; su marido está en cuclillas a su lado, le sostiene la cabeza, mira todo asombrado: qué hago yo acá, a quién le está pasando esto. Los demás se arremolinan alrededor de la señora, los hombres de overol se van, el cura de sotana negra se va, yo trato de oír lo que se dicen el esposo y la esposa pero sólo escucho gritos, mocos, toses atoradas. Un hombre joven, su corbata negra, me llama desde unos metros más allá; me acerco, me pregunta quién soy, le digo Rivarola diario *Crítica*, me dice que por favor me vaya. Que si quiero, después van a ir a terminar de despedirla en la casa de la tía Roberta, en Fraga 152, acá nomás, a diez o doce cuadradas. Le digo gracias, busco una salida. La Chacarita no se termina nunca.